

Selección de Textos del Ideario del Apóstol

“La libertad no es una bandera a cuya sombra los vencedores devoran a los vencidos y los abruman con su incansable rencor: la libertad es una loca robusta que tiene un padre, el más dulce de los padres, el amor, y una madre, la más rica de las madres, la paz”.

“Un viaje a Venezuela” (19, 156)

“De hombres de sacrificio necesita la libertad: no de hombres que deshonren o mermen o abandonen a los que están prontos al sacrificio, al sacrificio racional y útil, al sacrificio de los de hoy, para la ventura de los de mañana”.

“El año nuevo” Patria, 5 de enero de 1894 (3, 25)

“El deber de remediar la miseria innecesaria es un deber del Estado”.

La Nación, 21 de octubre de 1883 (9, 458)

“Mientras haya un hombre que duerma en el fango, ¿cómo debe haber otro que duerma en cama de oro?”

La Nación, 22 de febrero de 1885 (10, 146)

“La miseria no es una desgracia personal, es un delito público”.

El Partido Liberal, 4 – 6 de noviembre de 1886 (N.C., p. 72)

“La justicia irrepreensible bulle en el espíritu de los hombres de alma apostólica, y en los caracteres sencillos que padecen y ven padecer por la falta de ella”.

El Partido Liberal, 4 – 6 de noviembre de 1886 (N.C., p. 74)

“Mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia”.

“México en los Estados Unidos...”, El Partido Liberal, 1888 (11, 205)



Página Martiana



Fragmentos del artículo “Martí. Ofrenda de hermano” de Fermín Valdés Domínguez

El Progreso, de Guatemala, correspondiente al 3 de julio de 1877, publicó la reseña de una velada literaria celebrada en la Escuela Normal, en la que se lee:

Ocupa la tribuna el joven cubano José Martí, que lleva la toga del foro español adquirida en el ostracismo. Bajo esa toga, desde que pronuncia las primeras palabras, se descubre una túnica ciceroniana. Su fisonomía es correcta y expresiva, su frente alta, su palabra fácil y armoniosa, y su actitud oratoria. Oigámosle. Se empeña en probar la influencia de la tribuna. Pero, ¿para que tanto esfuerzo? ¿No basta verle en ella algunos momentos para convencerse, para sentir con él la veracidad de su tesis?

El orador deja su puesto en medio de estrepitosos aplausos, después de haber demostrado que conoce la historia y su filosofía; que posee erudición enciclopédica, y que sabe tocar con maestría los resortes de la elocuencia. Su palabra, ya deslumbra como el relámpago entre las tempestades, ya imita el sonido de las olas que rugen o el grato murmullo del arrollo que se desliza tranquilo en un lecho de verdura esmaltado de pintorescas flores.

Fragmentos del artículo “Anticipaciones de José Martí a la teoría Leninista del Imperialismo de Ángel Augier.

En abril de 1888, al analizar una vez más la evolución histórica de los Estados Unidos, escribe:

se ve cómo todo un sistema está sentado en el banquillo, el sistema de los bolsistas que estafan, de los empresarios que compran la legislación que les conviene, de los representantes que se alquilan, de los capataces de electores, que sobornan a estos, o los defienden contra la ley, o los engañan; el sistema en que la magistratura, la representación nacional, la Iglesia, la prensa misma, corrompidas por la codicia, habían llegado, en veinticinco años de consorcio, a crear en la democracia más libre del mundo la más injusta y desvergonzada de las oligarquías.

No hay duda de que se trata de la oligarquía financiera, como la denominaría más tarde Lenin. “Trescientos bancos mueven el dinero del país”, escribe Martí en julio de 1889. Pero en otra correspondencia anterior, de 1885, había trazado una estampa del capitalismo financiero difícilmente superable:

Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencias e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vencido, y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos de siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios: los secretarios los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones: son banqueros privados.

Pero Martí no se contenta con esa vigorosa descripción, que prosigue con estos rasgos complementarios:

Tienen soluciones dispuestas para todo: periódicos, telégrafos, damas sociales, personajes floridos y rotundos, polemistas ardientes que defienden sus intereses en el Congreso con palabra de plata y magnífico acento. Todo lo tienen: se les vende todo: cuando hallan algo que no se les vende, se coligan, con todos los vendidos, y lo arrollan.

No se contenta Martí, repetimos, con la simple descripción, porque ha descubierto hasta dónde llega ese brazo brutal del imperialismo, y después de agregar que “un deseo desbordante les anima siempre, rueda continua de esta tremenda máquina: adquirir: tierra, dinero, subvenciones, el guano del Perú, los Estados del Norte de México” –cuyo propósito detalla–, exclama en el clímax de su indignación: “¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos! // – ¡Banqueros no: bandidos!”

Hasta aquí, es fácil apreciar lo certeramente que percibió y diagnosticó Martí dos de los cinco rasgos fundamentales del imperialismo expuestos por Lenin. Los tres rasgos restantes, que también configuran etapas sucesivas del fenómeno y que, por tanto, se interrelacionan, son los siguientes:

- 3) La exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una gran importancia efectiva.
- 4) La formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitales capitalistas, las cuales se reparten el mundo.
- 5) La terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias más importantes.

No sólo pudo Martí captar, desde sus primeros tiempos de residencia en los Estados Unidos, las típicas manifestaciones del capitalismo en fases sucesivas de transformación, precisamente en el país donde el sistema presenta su más acusadas características. Tuvo también la oportunidad de participar en dos acontecimientos internacionales convocados por el gobierno norteamericano con el propósito encubierto de establecer la hegemonía económica y política sobre los países de la América Latina, cuando el imperialismo –conforme al concepto leninista– aún estaba en su etapa inicial de amagos y tanteos.

Esos dos acontecimientos fueron la Conferencia Internacional Americana, celebrada en Washington de octubre de 1889 a abril de 1890, y la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, que también tuvo lugar en la capital norteamericana, de enero a marzo de 1891. En el primero de estos eventos, la participación de Martí fue en calidad de observador, pero como patriota y revolucionario cubano y como periodista estuvo pendiente de sus más mínimos detalles y rumbos, con su cálida pasión latinoamericana. En la conferencia monetaria participó como delegado del gobierno de Uruguay –del que era cónsul en Nueva York desde abril de 1887–, y en ella tuvo un papel determinante.

En el prólogo a sus Versos sencillos, estampó Martí el testimonio de la angustia en que vivió durante los meses de la Conferencia donde se reunieron “bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos”, y la agonía que le duró hasta que pudo confirmar “la cautela y el brío de nuestros pueblos”. Puede afirmarse que esa ruda experiencia le mostró en toda su trágica intensidad el peligro abismal del imperialismo, que ya había vislumbrado y comentado esporádicamente. Desde entonces se afirmó en su convicción de antimperialista. La expuso en la correspondencia periodística sobre la conferencia panamericana que envió a los diarios donde colaboraba, y luego la incorporaría como ideario político de la revolución, cuyos preparativos no tardaría en emprender.

Por ser bastantes conocidos esos trabajos de Martí, sólo extraeremos de ellos algunos de sus fragmentos referidos al tema de la ponencia, y que pueden reflejar puntos coincidentes con los tres últimos rasgos fundamentales del imperialismo analizados por Lenin.

Uno de los intereses del capitalismo monopolista norteamericano que percibió Martí respecto a la América Latina –aparte de la agresiva ambición expansionista ya mostrada antes–, fue la exportación de mercancías de su plétora industrial. En muchas ocasiones, comentó en sus crónicas norteamericanas los incidentes de la lucha entre los proteccionistas y los librecambistas, y lo que significaba el predominio de aquellos, traducido en la fabricación en exceso de productos caros y malos que no podían competir fuera del mercado estadounidense.

Afirmaba Lenin que lo que caracterizaba al “viejo capitalismo” –donde predominaba la libre competencia– era la exportación de mercancías, y que el capitalismo moderno, donde predomina el monopolio, se caracteriza por la exportación de capitales, el cual sólo alcanza sus gigantescas proporciones a principios del siglo XX, fase esta última que sólo pudo advertir Martí en sus inicios.

El primario interés en la exportación de mercancías aparece también en la primera información sobre la Conferencia que envía Martí al diario bonaerense a fines de septiembre de 1889, donde alude al paseo a que han sido invitados los delegados latinoamericanos por el gobierno anfitrión, para mostrarles sus ciudades.